

La bienvenida de las olas

Versión de Eesha Sardesai

Leher estaba sentada cerca del agua, observando las olas ondulantes avanzar hacia la playa. Ya eran pequeñas para cuando tocaban la arena, apenas surcando la superficie. No obstante, en el lejano y vasto azul, eran grandes y más poderosas. Leher cerró los ojos, imaginando cuán estas inmensas olas en la distancia se agitaban y crecían, vertiéndose por el cielo.

Leher exhaló. Era bailarina, sumamente hábil e intuitiva cuando se trataba de su arte. Cuando se encontraba sola, o cuando estaban solamente ella y su maestra, parecía no haber límites a lo que podía hacer. Giraba por el salón, fundiéndose en la melodía que estuviera sonando dentro de sí. En su movimiento había un continuo cambio de equilibrio, de fortaleza y ternura, de gran fuerza y gracia exquisita.

Sin embargo, cuando subía al escenario ante diez o veinte o —se estremeció al pensarlo— *cientos* de personas, algo cambiaba. De repente era consciente de todos los ojos posados en ella. Se imaginaba qué estarían pensando de ella; se inventaba historias sobre lo que estarían sintiendo mientras la veían ahí, sola en el enorme escenario. Su escrutinio era como un peso físico sobre su ser, la pesadez presionando sus hombros, manos y pies. Y cuando levantaba esos mismos pies para bailar, ninguno de los movimientos que había ensayado salía bien. Los ritmos, que habían estado a su disposición en las partículas de la atmósfera, repentinamente estaban fuera de su alcance. Desaparecían esfumándose en el viento.

El agua rompió en la arena. Aquí, en esta apartada región costera del mundo donde ella vivía, la arena se teñía de rosa, huella de la interacción entre los corales y numerosas conchas y minerales.

Justo entonces, desde algún lugar detrás de ella, se escuchó una voz.

—¿Leher? ¿Eres tú?

Leher se volvió para encontrar a su maestra quien caminaba hacia ella. Su maestra era una mujer de una elegancia y dignidad fuera de serie; su porte era alto y majestuoso, su andar fluido como el agua.

—¿Qué estás pensando? —preguntó la maestra mientras se acercaba.

Leher suspiró.

—No puedo hacerlo —dijo. —No puedo bailar frente a la gente. Estoy empezando a pensar que nunca podré hacerlo.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó la maestra.

—Porque es lo que ha ocurrido una y otra y *otra* vez —dijo Leher. —Cada vez que subo al escenario para bailar, pierdo mi equilibrio. Olvido mis pasos.

Su maestra miró hacia el mar.

—¿Es eso lo que olvidas? —dijo tranquilamente. —¿Tus pasos?

La maestra miró hacia atrás y vio la expresión perpleja en el rostro de Leher.

—Quizá en lugar de obsesionarte con lo que ha salido mal —dijo la maestra— podrías llevar tu atención hacia... otro lado.

—¿Hacia otro lado? —repitió Leher. —Pero... ¿a dónde? Todo lo que puedo pensar es en lo nerviosa que me pongo en el escenario.

—Tu nombre es Leher —dijo la maestra. —¿Qué significa?

—Significa... *ola* —replicó Leher. —Como las grandes olas allá en el océano.

—Sí —dijo la maestra. —Las grandes olas. ¿Por qué no tratas de pensar en ellas? Dio a Leher un apretón en el hombro y se alejó.

Leher reflexionó en lo que su maestra acababa de decir.

—*Mi nombre* —pensó. —*Las olas. Las inmensas olas.*

Cerró los ojos, habituándose al familiar y reconfortante fluir de su respiración. Notó cómo su ritmo se sincronizaba lentamente con el ascenso y descenso de las olas, y con su suave encuentro al romperse. —*Yo soy las olas* —pensó. —*Las inmensas olas.*

Leher empezó a repetir estas palabras para sí. *Yo soy las olas, yo soy las olas, yo soy las inmensas olas.* De vez en cuando su mente divagaba, y la imagen del escenario aparecía de nuevo. O recordaba la sensación de todas las miradas fijas en ella; empezaba a sentir un hormigueo, como si hubiera cables centelleando por debajo de su piel, diciéndole que esto —que *ella*— no estaba a salvo. En esos momentos, regresaba a su respiración. Regresaba al nombre, a su nombre.

Yo soy las olas. Yo soy las inmensas olas.

Con el paso del tiempo, empezó a ver estas olas detrás de sus ojos, primero pequeñas y luego en escalada. Eran grandes y descendían en picada; también eran juguetonas, con el agua deleitándose en cada onda que formaba en sí misma, con cada voltereta en su viaje hacia la costa.

Más y más lejos, el agua envolvía la arena color coral de la mente de Leher, hasta que al fin, de manera inevitable, las inmensas olas vinieron por ella. Vinieron por ella con benevolencia e inmenso poder, purificando su ser, calmando su alma, limpiando el remanente de polvo de muchas vidas que aún pudiera haber, y que —por algún giro del destino, por algún apego obstinado— se hubiera acumulado ahí.

El inmenso amor también vino por ella y, por vez primera, lo dejó entrar: ola tras ola de amor, las crestas filtrando la luz del sol, mundos enteros subyacentes. Eran como un arrullo, estas olas, ondeando en sincronía con su respiración. Su mente estaba tranquila. Su corazón, ¡podía sentirlo! Resplandecía grande y

brillante en su pecho, cada latido enviando una cascada de calidez por su cuerpo. ¿Cómo no lo había percibido antes?

Y en este espacio más allá del espacio, en este tiempo fuera del tiempo, no necesitó probar nada. No necesitó ser nada. No necesitó una historia que no fuera la suya sino la que estaba viviendo ahora, en ese momento. Ella era esto, ella era Eso, ella era el sol en movimiento.

Leher abrió los ojos. Se levantó, su cuerpo flotaba ante ella, aunque totalmente bajo su mando. Ya casi era hora.

Caminó apresuradamente hacia el salón de baile y, una vez ahí, hacia el escenario. La gente —su audiencia— ya se había reunido, porque ellos también sabían que ya era hora.

Cuando Leher miró el escenario, todo lo que vio fue luz. Brillaba desde lo alto, resplandecía desde abajo, centelleaba por doquier. Leher se llevó el cabello hacia atrás y se puso sus pulseras de bailarina. Respiró profundo y, luego saltó hacia la luz —sin duda, sin inhibición, con el entendimiento adquirido con esfuerzo de cuál era su destino y de lo que el destino tenía para ella—. Desde algún lugar, al parecer desde los cielos, los músicos empezaron a tocar.

Los brazos de Leher fluían por encima de su cabeza. Las palmas curvas y abiertas se cerraban y abrían continuamente. Sus pies flotaban sobre el piso. Con el sonido del agua todavía en sus oídos, con las olas de amor rompiendo en su interior, Leher bailó.



© 2019 SYDA Foundation®. Derechos reservados.

Esta historia está inspirada en un koan clásico de la tradición del budismo zen.